

Estrella, guíame

Cami Villafain



Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Está todo blanco. Demasiado blanco que casi no puedo abrir los ojos. Cada vez que intentaba abrirlos era imposible, me cegaba.

– ¡Enfermera! ¡Ayuda! – escuché a lo lejos en forma de eco.

Y todo se volvió negro nuevamente. Sentí una brisa helada que recorrió todo mi cuerpo e hizo que se estremeciera. Sentí una mano en mi hombro que dijo:

– No entiendo que haces acá, Eva. No sé qué decisión habrás tomado, pero no deberías de estar acá.

Su voz era suave y muy femenina. Decidí no responder, ya que aún no lograba ver. No entendía que era lo que la mujer quería decir y yo estaba entrando en pánico.

– ¿Aún no me reconocés, Eva? – dijo la misma mujer, esta vez un poco molesta.

Volvió a reinar el silencio en ese vacío. Sentí miedo.

– Antes de dormir, mirás el cielo... y me sonreís.

– ¿Esther sos vos? – le pregunté sonriendo.

– En esta ocasión, en persona – soltó una risa –. Perdón por aparecer de esta manera.

En todo ese gran e infinito vacío, apareció una luz, no cegaba, pero dejaba ver una silueta de una hermosa mujer con rostro y cuerpo angelical, de piel blanca como la nieve y de rizos rojizos súper esponjosos que hasta daban ganas de tocarlos.

– ¿Dónde estamos? ¿Estoy soñando? – pregunté.

Esther solo se empezó a reír.

– ¿Estoy muerta? – volví a insistir. – Porque si estoy muerta, esto no es como me lo imaginaba.

– No, no estás muerta. – carcajeó. – Estamos en uno de tus lugares

favoritos, Eva.

De repente todo mi alrededor empezó a cambiar, transformándose en una plaza de mi querido pueblo. Allí era donde yo tomaba decisiones difíciles, iba a pasar el rato con mis amigos, y donde también, si me sentía muy mal, me escondía en los toboganes de tubo. Pero, esta vez, no había nadie cerca; las casas estaban vacías, no había autos y sólo se escuchaba el canto de unos pájaros y el ruido del río fluir por lo lejos. Parecía un pueblo fantasma, pero a la vez hermoso.

- ¿Por qué me trajiste hasta acá? - dije aún confundida. - ¿Por qué apareciste, Esther? Tengo miles de preguntas.

- Si, ya sé que estás confundida - dijo y miró hacia el barrio -. Te traje hasta acá para que elijas el camino correcto y tengas en cuenta todas las cosas lindas que te falta por vivir y descubrir.

- ¿De qué me estás hablando? - miré las hamacas y me senté - ¿Estás segurísima de que no morí? ¿Por qué estamos solas? Esto me está pareciendo...

- ¡¿Te podés callar un ratito?! Mira Eva, quedate ahí calladita y disfrutá de eso que me estás colmando un poco la paciencia. - me amenazó con la mirada - Ahora basta de preguntas, después te respondo todo lo que quieras, recién llevo.

Esther se puso a balbucear, cosas que no entendía, pero no le di mucha importancia, estaba en mi pueblo, en mi plaza, cerca de casa, no había nadie; ¡al fin podía pensar en paz! No estaba del todo cómoda, sentía que me faltaba algo: mis dos mejores amigos, Leo y Esperanza... también quería ver los ojos color tiempo de Catriel, esos ojos que me enamoraban cada vez que los veía y me atrapaban...

Me había perdido en el paisaje y en mis pensamientos, pensando en aquellas cosas lindas que le daban color a mi vida, mientras Esther se entretenía jugando con los pájaros. Y, como siempre, empecé a verle el lado negativo a todo: Catriel y yo habíamos peleado hasta el punto de dejarnos ir, mi mejor amiga ya no confiaba en mí, arruiné las cosas con Leo, papá y yo discutimos todo el tiempo... ¡puaj!

- Eva - dijo una voz sombría que me sacó de mis pensamientos. - Eva mirame, estoy atrás tuyo.

Sentí dos manos heladas empujándome por la espalda, haciendo que mi hamaca se balancee. No tenía idea de quién era, su aspecto me causó un poco de temor, aunque, su cara era aceptable. Lo miré a los ojos y

pegué un salto de la hamaca haciendo que rebote contra el piso.

– Aprovechá a hablar conmigo porque tu amiga Esther me odia. – dijo y soltó una carcajada espantosa– ¿Querés saber quién soy?

– Quizá quiera saber quién carajo sos, pero, ahora correte que me quiero parar. – le respondí de manera desafiante – dejá que lo piense.

– Lindo carácter. – me observó durante unos segundos, tomándose las manos y llevándoselas a la espalda –. Me gusta.

– Mejor, porque vas a recibir más de mi mal carácter si no me decís quién sos.

– Soy Dunkelheit. Un gusto. – dijo y me estrechó la mano –. Se me hace raro que Esther no me haya mencionado todavía.

- Dunkel-que? – intenté pronunciar.

– Dunkelheit. – respondió amablemente – Podés decirme Heit o Dunkel.

– Heit me parece más... *cool*. Ahora, ¿me contás el por qué tengo que hablarte a solas y alejarme de Esther? – contesté.

– Me duele que no me hayas distinguido todavía. – miró hacia el cielo haciendo que se nuble – Vos también hablás conmigo cuando sentís rabia o estás enojada. Soy yo el que brilla en esos momentos oscuros.

– No te creo para nada. – lo afronté mirándolo a sus ojos oscuros que tenía mientras levantaba la cabeza porque, era alto, tan alto como un árbol – Mirá que a mí no me podés mentir.

Empezó a llover, los pájaros se callaron y sopló un viento fuerte haciendo que se me sacudiera todo el vestido. Empecé a sentir mucho frío apenas el sol se escondió, y sentía... sentía rabia, quería saber por qué sentía tanta rabia.

– ¿Ves? Esto es obra tuya y mía cuando nos complotamos. – dijo Heit entre sonrisas maquiavélicas y frotándose las manos.

Charlamos un rato, me llevó a caminar lejos, sin rumbo alguno, pasando por lugares que odiaba (o lugares donde vivía gente que odiaba) y cada vez el clima se ponía más frío y tempestuoso. Dunkel me dio un abrigo de piel hermoso para que me abrigara. También, hablamos de lo que tanto odiaba de la vida, de las razones por la cual tenía que tomar iniciativa para irme lejos, muy lejos y sin despedirme de la gente que

quería.

– ¡EVA! ¿Dónde estás? ¡Eva, por favor! – se escuchaba detrás, con la voz preocupada a Esther, que venía corriendo.

Dunkelheit aceleró el paso, cosa que me preocupé mucho. Frené y le dije:

– Esperá, me están buscando, ¿no escuchás?

– No tenés que estar con ella. No quiero que estés con ella. – me miró y siguió caminando rápido, dándome un pequeño empujoncito – Dale, vení.

Yo si quería estar con Esther, ella siempre está en los momentos lindos y tristes. Ella es una esperanza para mí, pero no mi mejor amiga, sino que una esperanza que hace dar ganas de seguir. Pero también me gusta estar con Heit, porque odiamos las mismas cosas, sentimos desprecio y nos entendemos. “¿Por qué no juntarlos?”, pensé.

– ¡Acá estoy Esther! – grité emocionada.

Heit al escuchar eso, giró la cabeza como un búho y desapareció en una nube oscura, haciendo que el día se vuelva soleado. Esther corrió hacia donde me encontraba y el sol terminó de salir.

– Me había preocupado por vos, Eva. Ahora no me pienso alejar más. – su cara pasó una expresión de tranquilidad a una de horror al ver la nube deshaciéndose en el aire – ¿Estuviste con un hombre alto y vestido de negro?

– Dunkel...

– No me lo nombres. – me interrumpió tapándose los oídos – No quiero ni escuchar su nombre. Siempre se mete en el medio.

– Pero, ¿por qué no lo querés ver? Él dijo que vos lo odiabas.

– Si, lo odio por cuestiones familiares.

– ¿Cuestiones familiares? – pregunté y se me abrieron los ojos como platos.

– Cosas que más adelante te voy a responder. Ahora vení que te quiero mostrar algo, hay alguien que te quiere decir alguna que otra cosa importante.

Esther me teletransportó a una sala de hospital, dónde podía ver mi propio cuerpo. Esto último, hizo que pegara un salto y me asustara. No dije nada, solo miré a mi estrella y me hizo un gesto para que me acercara. En la habitación se encontraba papá, y mis dos hermanos; sus caras no eran de alegría, parecían estar tristes. Esther me miró, me sonrió y me dijo:

– Puede que sea difícil de entender ahora, Ev. ¿Te acordás de que intentaste quitarte la vida? – me miró a los ojos y me agarró las manos – Estoy acá para ayudarte a luchar contra todo lo malo que necesites. Dunkelheit es mi hermano, y también está “ayudando” de alguna manera a que encuentres todo lo malo para quedarte acá. Vos vas a tener que elegir el camino: si volvés o si te quedás.

Observé una vez más la escena y me acerqué a mi familia. Obvio que no me veían, incluso intenté hablarles, pero nadie escuchó. Tomás, mi gemelo, tenía agarrada mi mano, y estaba dormido. Podía sentir el calor y su mano sudorosa; algo que me hizo llorar de alegría. Papá estaba atrás en un sillón acostado, leyendo un libro (que de seguro era de política), y Tadeo estaba mirando su celular al lado de papá, observó mi cuerpo y se acercó susurrando:

– Te estamos esperando, Eva. – sonó su nariz y siguió entre lágrimas – Tenés que volver. Tomás siempre te viene a ver después del colegio. Dice que es aburrido sin vos, que necesita a su hermana para terminar la tarea y que se aburre porque no tiene a quién pelear...

En ese instante, mi hermano y yo rompimos llanto, cosa que hizo que Tomás se despertara y abrace a Tadeo con un solo brazo, porque a mí no me soltaba. Me miró y le dijo a papá:

– Te juro que la siento, papá. Está con nosotros.

– Siempre está con nosotros, hijo – respondió sacando la vista del libro y sonriéndoles a mis hermanos.

Lo raro es que yo también de alguna manera sentía más a Tomás que a Tadeo, que me estaba dando la otra mano.

Esther apareció por la puerta de la sala y me dijo que nos teníamos que ir, que ya se nos hacía tarde. Ya estaba poniéndose el sol. Esta vez, salimos caminando por la puerta del hospital, cada paso que daba, las personas se iban deshaciendo, convirtiendo el hospital en el lago Epifanía, que quedaba a lo lejos de la ciudad y que tanto me gustaba ir a visitar. De chica, siempre intentaba juntar agua con las manos y llevársela a Tomas, que estaba tirando piedras a lo lejos; obviamente nunca conseguía

mantener el agua en las manos tanto tiempo.

– Veo que te acordaste de algo lindo, ¿no? – preguntó Esther mirándome a los ojos.

– Hay cosas que me gustaría vivir una y otra vez. – suspiré profundamente – Lamentablemente son sólo recuerdos.

– Mirá esto. Acercáte un poco al agua.

Esther me recreó en el agua un *flashback* de los días que pasaba en el lago junto a mamá, papá y mis hermanos. Puedo admitir que fue gracioso y que extrañaba ir al lago con mi familia. En ese momento mamá estaba viva...

– No hagas eso. – dijo mi estrella, molesta – No lo hagas.

– ¿Qué cosa?

– No te pongas triste. Ponete feliz porque pasó.

Por primera vez, hice caso y escuché lo que me dijo. Nos quedamos hablando de muchas cosas que me estaban poniendo feliz, cosas que me traían lindas sensaciones, hasta que le dije que la quería ver en su lugar, así le cantaba unas lindas canciones antes de dormir. Pero, antes de que eso suceda, le dije:

– Esther, ¿hacia dónde voy?

– Donde vos elijas, querida. Donde vos elijas.

Seguido a eso, Esther se convirtió en una estrella nuevamente y volvió al cielo para que yo pudiera admirarla. Le canté hasta cerrar los ojos y quedarme profundamente dormida.

Capítulo 2

Capítulo 2

Me despierto por una suave pero fría brisa, lo que causó que me cuerpo se estremeciera de pies a cabeza. Junto a aquella brisa, escucho un canto angelical: era Esther, sentada al borde del lago con los pies desnudos, se veía tan frágil y hermosa mientras disfrutaba del amanecer. Un color rojizo con tonos anaranjados se apoderaba de aquel cielo que parecía ser infinito. Sin emitir palabra alguna, me acurruqué junto a mi estrella y ella, sin dejar de cantar, me sonrió de oreja a oreja. Le devolví la sonrisa ya que me causaba mucha paz y felicidad el poder estar con ella; posé mi cabeza en su hombro y Esther me envolvió en sus brazos mientras yo escuchaba su corazón latir, luego besó mi cabeza y siguió cantando muy serenamente. Nos quedamos ahí un buen tiempo, sin hacer ningún ruido, solo sintiendo como el sol se posaba y calentaba nuestras pieles.

– Es hermoso, ¿no? – dije rompiendo aquel silencio.

– ¿Qué cosa? – respondió Esther con una mirada serena.

– El paisaje, la puesta del sol, sentir este amor...

– La vida – me interrumpió – las pequeñas cosas.

Quedé meditando lo que me dijo y, otra vez, reinó el silencio. Volví a caer en la realidad, en lo que realmente me estaba pasando:

- Esto no es real. - Me repetía una y otra vez en mi cabeza – es un sueño lúcido. Esto no existe.

Mi cuerpo estaba en coma, en un maldito hospital todo por la pésima decisión de tomé de quitarme la vida, dejé de lado a mis amigos, sabiendo que estarían allí ayudándome a enfrentar las consecuencias. Pero, eran tantos los problemas que me agobiaban que necesitaba hacerlo. Necesitaba, de alguna manera, parar con tanto sufrimiento.

– ¿En qué pensás? – dijo una voz que desprendía un aliento frío que despeinó mi cabello.

– En nada, Heit. – le respondí desganada.

– No, en nada no – soltó una carcajada. – Por alguna razón estoy acá, ¿no?

Intenté no estar pendiente de él. Pero, por alguna razón, no podía evitar escucharlo; la ira me consumía tanto por fuera como por dentro,

lentamente. Esther se iba distanciando a medida que mi estado de ánimo se tornaba violento y molesto.

Ahora que estoy en paz, me viene a molestar. ¡Sabiedo que estoy molesta se ríe de mí! – pensaba.

Estaba siendo cruel conmigo, ¡a propósito! ¡Yo no estaba molestando a nadie! Así como siempre lo han sido conmigo, aun así, que no estaba molestando a nadie, aún tranquila, siguen siendo crueles conmigo. Eso es algo que nunca iba a entender: la crueldad de las personas, la gente mala leche, la gente maldita, tóxica...

– ¿Lo hacés por diversión? – pregunté.

– No lo sé, quizás. – respondió entrelazando los dedos.

– ¿Es divertido ver a una persona sufrir? – grité apretando los puños.

– ¿Es la única respuesta que tenés?

– Quizá – soltó una carcajada – vos deberías de pensar en eso.

Dicho esto, Heit se alejó a unos metros de mi y yo me quedé en el lugar, apretando los dientes, dejando que el odio se apodere de mi por completo. El hermoso día se había convertido en una tormenta, pero una de esas tormentas en las cuales no querés estar afuera; pareciera que se iba a asomar un huracán. Los truenos sonaban y estremecían, en el cielo reinaban los relámpagos, uno tras otro y cerca de mí, rayos impactando contra los árboles haciendo que estos caigan.

Mientras todo esto pasaba a mi alrededor, Heit me observaba a los lejos, como si disfrutara de mi enojo. Y me alentaba, me alentaba para que me enojara más y más. Y a medida que mi ira aumentaba, la tormenta se intensificaba, hasta el punto de que las gotas al impactar con mi piel dolían.

No lo soporté más. Grité. Grité con todas mis fuerzas. Heit aplaudió y soltó una risotada.

– Heit, ¡no deberían existir personas hirientes! ¡Las personas no deberían herir sin conocer a la otra persona! ¡Nadie debería de herir a nadie, porque nadie sabe sobre las batallas ajenas!

– ¿Y? – respondió a lo lejos.

– ¡Tampoco deberían prejuiciar ni difamar a nadie!

Heit hizo un gesto para que continuara, mientras se paseaba de lado a lado con la mano en la barbilla.

– Tratar a alguien como un menos no los hace un más. – dije y solté una bocanada de aire.

– ¿Y con vos? ¿Qué es lo que pasa con vos? ¿A caso eso te afecta? – me preguntó.

– Creo... creo que le doy demasiada importancia a esas cosas. Soy una persona que no aguanta las injusticias, y lo que pasa con la gente que hiere es que están heridos por dentro, de alguna manera alguien les hizo algún daño y quieren ocultar su dolor mediante el dolor ajeno.

– ¿Cómo es eso? – agregó Heit.

– Hacen sentir mal a otros para hacer de cuenta que están mejor que ellos. Cuando realmente no es así, ya que se están mintiendo ellos mismos. – me pausé – estar roto no te da el derecho a romper.

Heit aplaudió y asintió con la cabeza.

– Lo peor de todo, es que al final del día, aquellas personas hirientes vuelven a sus casas a repetir su vacío, a enfrentar sus dolores, y así es como se repite la historia – agregué – y no solo eso, esto va a en cadena ya que hirió a alguien más que seguramente herirá a otro.

– ¿Qué pasa con la gente herida? – Heit continuó con esta rara terapia.

– La gente herida. No tiene la culpa de ser herida, ¿por qué tenemos que aguantar las penas de la gente rota? Tenemos que acudir a un psicólogo por esa gente, no porque nosotros seamos los malos de la historia. – me pausé nuevamente – ¿puedo gritar una vez más?

– Adelante, mi niña.

Grité con todas mis fuerzas mientras mi segunda estrella me acompañaba. Parecíamos lobos aullando a la luna, sentí un gran alivio. Mientras gritaba, las lágrimas caían y consigo la tormenta cesaba. Salió un hermoso arcoíris y yo me sentía cada vez un poco mejor.

Al final de todo, Dunkelheit no era tan malo – pensé – nunca ha sido malo conmigo, lo consideraré un buen amigo.

Con todo lo que había pasado, me había olvidado de Esther, quien se había alejado de mí en el momento que Dunkel apareció; no logré entender el por qué, quizá fue intencional, quien sabe. Ya había vuelto

todo a la normalidad, con la diferencia de que yo me sentía mucho mejor.

Minutos después del momento de enojo y reflexión, escuchaba una voz a lo lejos, como en forma de eco, que repetía una y otra vez mi nombre.

– Creo que alguien quiere hablar con vos, Eva. – se acercó Esther.

– ¿Puedo? – pregunté.

– Claro que puedes. – respondió con una gran sonrisa.

Mientras sucedía este diálogo, Heit se desvanecía lentamente en una nube gris y espesa, mientras me saludaba con una mano y me sonreía, esto provocó que me despistara un poco ya que mi atención se vio enfocada en eso.

– ¿Hablás o no? – insistió Esther.

– Si, lo siento – respondí frotándome los ojos.

Esther me extendió su mano, la tomé y nos teletransportamos a una sala de hospital, donde mi cuerpo estaba tendido sobre una camilla, junto a mí, mi hermano gemelo tomándome de la mano. Sentí un gran escalofrío que recorrió todo mi cuerpo; me costaba procesar lo que estaban viendo mis ojos.

– De alguna manera se que estás ahí – suspiró mi hermano cabizbajo.

– Los dejaré solos – agregó Esther mientras se desvanecía.

Asentí con la cabeza. Lo único que quería hacer en ese momento era abrazar a mi hermano con todas mis fuerzas y secarle las lágrimas. A medida que yo me acercaba a mi hermano, él levantaba su cabeza.

– Volviste. – suspiró – lo presiento.